LA CULTURA DEL AFECTO Y LA TERNURA

Por Lácides Martínez Ávila

Se está planteando, por estos tiempos, la conveniencia de promover entre los miembros de las distintas organizaciones lo que se ha dado en llamar la cultura del afecto y la ternura.

Se trata de una estrategia más para intentar contrarrestar el creciente fenómeno de la violencia que se ha tomado las diversas esferas de nuestra sociedad.

De igual manera, se busca con ello estrechar o fortalecer las relaciones interpersonales, cuya incidencia directa en la calidad y el nivel de producción de las empresas está más que comprobada.

En el campo educativo, se está hablando de la pedagogía de la ternura, que conllevaría a un doble fin: por un lado, atenuar el grado de agresividad en los educandos, y, por otro, predisponer el ánimo de éstos hacia el aprendizaje, mediante las muestras de afecto tanto del profesor como de los condiscípulos.

Se basa este planteamiento en la tesis de que la proximidad y el contacto físico, cuando se acompañan de frases amables y cariñosas, se constituyen en un mecanismo de persuasión y disuasión poderosamente eficaz.

En efecto, cuando una persona llega a su sitio de trabajo, al colegio o a la universidad, por ejemplo, no hay nada más agradable para ella que un saludo caluroso y efusivo con diversas expresiones de afecto. Esto, indudablemente, inclinará su ánimo a la armonía, al entusiasmo y a la total entrega a sus labores cotidianas.

Siendo así, no debería verse mal el que los compañeros de trabajo o de estudio se saluden con efusión y visibles muestras de cariño como el apretón de manos, la palmada en la espalda, el abrazo e incluso el beso (este último, por supuesto, cuando no se trate de dos hombres, dado que en nuestra cultura es inaceptable), dados, por supuesto, dentro de los límites de la circunspección y el respeto. Todo ello, desde luego, sin rebasar los límites del respeto y las buenas costumbres.